# PROFESOR ALFREDO JUAN SCHROEDER († 2002)

El 17 de agosto, día en que los argentinos conmemoramos la muerte del General Don José de San Martín y celebramos al Padre de la Patria, falleció nuestro querido y respetado Profesor Alfredo J. Schroeder, Director-Fundador de este Instituto por tantos años venturosos y fructíferos...

Estudió en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, institución en la que desarrolló una vasta labor docente –de la que sus numerosos discípulos dan fiel testimonio–, tanto en la cátedra cuanto en la investigación, labor que obtuvo reconocimiento institucional cuando la Facultad se honró designándolo "Profesor Consulto". Porque una institución se honra a sí misma cuando reconoce y exalta a quienes, como el Profesor Schroeder, la engrandecen con su sabiduría y sus valores personales.

Numerosas casas de estudio supieron de su actividad como profesor de lenguas clásicas, entre las que mencionamos el Colegio Nacional de Buenos Aires, ilustre colegio cuyas aulas fueron testigos de su seriedad y responsabilidad académicas, pero también de su sencillez de paisano entrerriano –alemán del Volga, nos aclaraba siempre–, de su bonhomía para con los alumnos, y de su inagotable paciencia. En la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Católica Argentina se desempeñó como profesor de latín y, a partir de los primeros meses del año 1988, fue designado Director –el primero– del Instituto de Estudios Grecolatinos "Prof. F. Nóvoa", creado a partir de una propuesta de los Departamentos de Filosofía, Letras e Historia sobre la base de las bibliotecas del Profesor Nóvoa y de su esposa, la Profesora Ma. de las Mercedes Samada.

De su labor al frente del Instituto hablan elocuentemente las Jornadas de Estudios Clásicos celebradas los años impares, cuyas actas comenzaron a publicarse a partir de 1991; al año siguiente veía la luz el primer número de STYLOS, revista que contó entonces con la colaboración de figuras tan importantes como los Profesores Jacques Fontaine (Institut de France) y Marta Sordi (Università Cattolica del Sacro Cuore), entre otros, pero que a lo largo de estos años ha recibido en sus páginas valiosos aportes de profesores de diversas universidades nacionales y extranjeras y, por supuesto, la inestimable presencia de los profesores de nuestra universidad. STYLOS mantiene canje con treinta y siete publicaciones que enriquecen el catálogo de la Biblioteca Central. También por entonces (1991) se sumaba a las actas y a la anunciada revista el primer libro publicado por el Instituto (*Crónica de la Universidad de París y de una huelga y sus motivos (1200-1231)*, de Azucena Adelina Fraboschi), primero de los varios que le seguirían, gracias al entusiasmo y al esfuerzo de cuantos creímos en ese sueño que el Profesor Schroeder supo proponernos y llevar a su realización con sus conocimientos de las humanidades y del

hombre, con su talento y su entusiasta talante para la dirección, con su respetuosa actitud hácia las personas, iniciativas y trabajos, que promovía y secundaba en una atmósfera de libertad y cordial sencillez en la que los momentos de vida académica alternaban con aquellos otros que podríamos llamar de serena familiaridad. La descripción y ponderación objetiva de su actuación como director puede encontrarse en la sección "Crónica" de cada número de *Stylos*; yo añadiré tan sólo algunos recuerdos de quien para nosotros fue siempre y sigue siendo "El Profesor".

Por esas cosas que tiene la vida, el Profesor fue alumno de mi padre y su primer adjunto en la cátedra de Latín (Facultad de Filosofía y Letras de la UBA), época en la que frecuentaba mi casa, siendo yo criatura de muy pocos años; él recordaba mis fugaces apariciones, y yo su elevada estatura. Años después, y ya fallecido mi padre, yo sería alumna suya en Latín III (Facultad de Filosofía de la UCA). Pasados varios años volvimos a encontrarnos de manera curiosa: en el subsuelo de la Facultad estaba la Biblioteca, y enfrente, pasillo de por medio, una sala con la puerta abierta, estantes con libros, muchos libros, un escritorio y una silla que ocupaba el Profesor, siempre con un libro en la mano. Antes o después de realizar mis consultas en la Biblioteca yo pasaba a saludarlo, charlar un rato –su conversación era sabia y amena, su bienvenida cálida–, y así comencé a conocer el Instituto y a desear formar parte de él. Por ese entonces todo lo que había allí era el Profesor, los libros... y un cartelito en la puerta que invitaba a hacer el aporte equivalente a un boleto de colectivo, a fin de poder encarar algún proyecto, pues todo era necesario. A principios de 1990 se cumplió mi deseo: el CONICET me asignó al Instituto. Y a partir de entonces, en ritmo vertiginoso y de sostenido crecimiento, comenzamos a..., bueno: primero fue una máquina de escribir cualquiera, la que el personal de secretaría no estuviera usando en ese momento; luego el Rector, Mons. Guillermo Blanco –nuestro apoyo humano e institucional, siempre– nos envió una máquina de escribir para el Instituto; después vino la máquina de escribir eléctrica, fruto de esos "boletos de colectivo", a la que pusimos por nombre "Dorita", y que luego, con la suma de las colaboraciones de algunos profesores de la Facultad, se transformó en "Pandora", una computadora con su impresora láser, la mesa, fundas, el estabilizador, etc. El sueño de la imprenta propia hecho realidad. Y así fue. La alegría del Profesor, que fluctuaba entre sus temores ante la magnitud de lo que se venía y su orgullo al ver el crecimiento de la "criatura", iba siempre de la mano con su disponibilidad para el trabajo, su comprensión ante los errores que más de una vez cometíamos, sus palabras de aliento para nuestro cansancio..., y cada tanto, cuando las cosas parecían muy, muy difíciles y llegaba fuerte el desánimo, la sugerencia que todo lo arreglaba: "¿Y por qué no vamos a comer una empanadita a la esquina (las famosas empanadas de "La Americana"), con un vasito de vino?". Y acertaba en el remedio, porque el cambio de lugar, la distensión y la buena mesa ayudaban a ver las cosas de otra manera, de la mejor manera en realidad.

Vinieron Jornadas, los Coloquios "Juan Luis Vives", publicaciones, su viaje a España como único profesor latinoamericano invitado a un Congreso sobre Séneca (el Profesor fue siempre devoto cultor del filósofo español, con quien reconocía tener especial afinidad), y mientras tanto la vida transcurría siempre gozosa y renovada en el Instituto: colegas y alumnos de variadas carreras y casas de estudio que concurrían para consultar la biblioteca o bien buscando asesoramiento para sus trabajos, visitantes, las reuniones navideñas que contaban con la presencia de autoridades de la Facultad, Directores de Departamentos, personal administrativo, amigos de otras Facultades y Universidades; pero también ese cada día en que, ante un libro ubicado en un estante de la biblioteca muy por encima de nuestras posibilidades (léase: de nuestra estatura), pedíamos: "Profesor, Usted que tiene escalera incorporada, ¿no me alcanzaría tal libro?", y allí iba, dejando lo que tenía entre manos, para satisfacer nuestra demanda. Eso sí, siempre con una sonrisa, la misma con que, desde su altura, se asomaba al vidrio de la parte superior de la puerta y entrando, se quejaba con fino humor: "¡Nunca puedo sorprenderlas sin hacer nada!"; y al punto la satisfacción de decirlo iluminaba su cara.

Desgraciadamente no son tiempos los nuestros que aprecien y permitan una labor tan paciente y perseverante en pos de tan grandes bienes. El Profesor tuvo que ver cómo era retirada del Instituto la biblioteca sobre la cual había sido fundado y edificada su existencia; luego fue la reducción del espacio y, finalmente, le llegó el turno al pedido de su renuncia a la dirección, por motivos de edad. Aun entonces su actitud fue para nosotros una lección, otra más, de dignidad y nobleza ante la adversidad. Ese año 2000 decidimos homenajearlo con un número doble de STYLOS, presentado por Monseñor Blanco –ahora Rector Emérito de la Universidad–, en el que pudo percibir nuestra firme decisión y voluntad de no permitir que "su" querido Instituto, fruto de tantos años de esforzado y fecundo trabajo, desapareciera.

Y así ha sido. Tal vez porque ahora, desde aquella bienaventuranza que Dios otorga con medida colmada a sus servidores fieles y prudentes, nuestro Profesor continúa alentándonos, apoyándonos, haciendo por nosotros y por el Instituto su mejor trabajo: la oración.

Querido Profesor Schroeder: descanse en paz. Nosotros continuamos...

AZUCENA ADELINA FRABOSCHI